



¡Pues a mí me gusta!

El arte es objetivo. Casi matemático. En *El club de los poetas muertos* el profesor Kitting ordena a sus alumnos que arranquen el prólogo del libro de literatura por calcular el área de importancia de un poema y medirla de forma numérica. Sin llegar a ese extremo, la calidad de una obra de arte se puede establecer de manera objetiva. Todas las artes tienen reglas. Reglas para su creación y reglas para su recepción y comprensión.

Sí existe un componente subjetivo. Es frecuente encontrarse con alguna persona que ante un cuadro de Picasso exclama: "¡Qué porquería!". Ese mismo individuo, sin embargo, sentenciaría con rotundidad que *Forest Gump* "es una gran película". Aunque estas afirmaciones nos provoquen una sonrisa (casi una carcajada), debemos tener en cuenta que ambas son producto del desconocimiento. Para interpretar que *Las señoritas de Avignon* inician una nueva corriente pictórica es imprescindible tener cierto conocimiento de la historia de la pintura. Para disfrutar de dicho cuadro es necesario haber visto mucha pintura figurativa y comprender que el pintor malagueño da un paso más en la búsqueda de la raíz del arte.

Un experto nos podría enseñar las virtudes de una catedral, de un cuadro, de una escultura, de un

poema, o de una composición musical. Conociéndolas podríamos afirmar con mínimo margen de error si la obra es buena o mala. Después el gusto individual, formado por nuestra mente, nuestros conocimientos y nuestras circunstancias, establecería el grado de placer que nos produce la contemplación de cualquier manifestación artística. Se puede reconocer, por ejemplo, el valor literario indiscutible de *El Quijote* y de *La Regenta* y sería muy difícil establecer cuál de estas obras maestras está por encima de la otra. Tan sólo podemos limitarnos a decir cuál nos gusta más. Asimismo, si tomamos dos películas como *Fores Gump* y *Titanic*, sería imposible decidir cuál de las dos es peor. Nos limitaremos a decir cuál nos gusta más o menos. Nos puede aburrir *El Quijote*, pero estaríamos equivocados al clasificarlo entre las obras menores de nuestra literatura. Nos puede encantar *Titanic*, pero sería erróneo decir que es una buena película.

Todo esto me recuerda un viejo chiste: Un profesor le pide a un alumno que le hable del amoníaco. El alumno dice que es un líquido que huele muy bien. El profesor coge un frasco de amoníaco y se lo da a oler al alumno. Éste, llorando, exclama: "¡Pues a mí me gusta!"

Agustín Corrales

